

Rafael Pérez Gay

El cerebro de mi hermano



Seix Barral

© 2013, Rafael Pérez Gay

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial BOOKET^{M.R.}

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: Alejandra Ruiz Esparza

Primera edición en formato epub: noviembre de 2013

ISBN: 978-607-07-1953-0

Primera edición impresa en México en Booket: noviembre de 2020

ISBN: 978-607-07-7114-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México –*Printed and made in Mexico*

Un laberinto de azares me ha traído al Instituto Nacional de Neurología, en el sur profundo de esta sucursal del infierno que llamamos Ciudad de México. Camino despacio por los patios donde los gatos me observan desde sus ojos desconfiados y soberbios. Camino lento como si esperara algo, pero no espero nada. Lo que no habrán visto y oído estos gatos neurólogos que pueblan patios y jardines; casos extraños, desesperados, graves, mortales, todas las alteraciones de la mente, del telar encantado, como ha llamado Bruno Estañol al cerebro.

Apuesto a que los gatos conocen el caso del cerebro de mi hermano, enfermo desde hace años de unas dagas invisibles dentro de la cabeza que lo han postrado en una silla de ruedas cuya dirección es el limbo.

Me detengo frente a una puerta de cristal con un cerebro impreso en el vidrio. Esta zona de Tlalpan en la cual se construyó el hospital de neurología fue un lugar de fincas y casas de campo, huertas amplísimas, grandes jardines, altos muros de adobe, calles abismadas en el silencio. Este territorio de piedras volcánicas y fuentes brotantes emergió del

desastre. Las calamidades destruyen y crean regiones inimaginables. En estos días, por cierto, busco regiones devastadas en mí mismo. Todos buscamos esas regiones cuando nos sorprende la adversidad.

El magma del Xitle sepultó a los pueblos cuicuiclas, los ríos desviaron su cauce bajo una capa de lava de ochenta metros. Mientras se enfriaba la superficie del pedregal, en las profundidades la lava seguía en movimiento. Los gases buscaron su propia salida formando enormes grietas que se convirtieron en cuevas. Las corrientes de agua trasminaron la piedra porosa en el fondo de la tierra y emanaron fuentes cristalinas, manantiales en el pedregal y entre el bosque. Un edén petrificado. Así ocurre en las profundidades de la cabeza, pensé mientras veía el cerebro de la puerta de cristal y su apotegma: *Cerebrum divina lux ratio*: cerebro, luz divina, la razón.

En una oficina que da a un fresco patio central, los médicos observan el cerebro de mi hermano. Lilia, su pareja de toda la vida, y yo, vemos negativos, placas, cortes extraños, acercamientos al bulbo raquídeo, donde ha ocurrido una última desgracia. Los neurólogos nos explican con una claridad de escalofrío lo que ha ocurrido allá adentro. Lóbulo frontal, la zona de Heschl, donde se produce el habla, el área de Broca, en fin.

Las noticias, las peores. Mientras veo las imágenes de las múltiples resonancias y tomografías, me pregunto en qué parte de esas luces y sombras del cerebro de mi hermano está «Piedra de Sol» de Octavio Paz, el poema que mi herma-

no era capaz de decir de memoria en su mayor parte; dónde quedó García Lorca, que le encantaba citar a la menor provocación; dónde la memoria, en qué surco está mi madre, es decir, el recuerdo de mamá, dónde el padre. ¿Todo se ha perdido? ¿Así, de un plumazo, empezamos a ser nada, nadie, nunca?

Le digo a mi hermano en silencio: ¿En qué mundo vives? Y me responde en silencio, nuestro único lenguaje, con una mirada habitada por el odio y el miedo, algunos la llaman mirada perdida pero yo la encontré en su cara, arriba de la rigidez de sus brazos y piernas el día en que perdió la capacidad para hablar.

Pienso en esos nombres y personas que habitan en el cerebro, en la memoria, mientras oigo: «enfermedad neurodegenerativa, pariente de la esclerosis múltiple; padecimiento de vasos pequeños, una multitud de pequeños infartos cerebrales; quizás una parálisis supranuclear progresiva», y alguna cosa más que olvidé porque veía por la ventana a un gato neurólogo muy serio que movía la cabeza de un lado a otro como diciendo: qué barbaridad, qué salvajada.

Lo pongo así: he perdido a mi hermano mayor, lo perdí en la casa a oscuras en que se convirtió su cerebro la mañana en que me di cuenta de que olvidaba nombres, decía unas palabras por otras y disminuía su notable capacidad expresiva y facilidad prodigiosa para los idiomas. Abres una ventana y es de noche y hace un tiempo inclemente, del carajo.

La historia que quiero contar es muy personal y al mismo tiempo está hecha de la fina trama a la que los médicos se enfrentarán una, varias veces a lo largo de su profesión: la enfermedad incurable. Ustedes saben: la vida es breve; el arte, largo; la ocasión, fugaz; la experiencia, engañosa; el juicio, difícil. De eso trata esta historia, de ese trozo aforístico de Hipócrates, y de las sombras y fantasmas en que nos convierte la enfermedad y el tiempo. Por eso estas palabras aparecerán una y otra vez en este relato.

El asunto empezó años atrás. Una cojera indolora y poco visible le impedía a mi hermano las caminatas largas; esa piedra en el zapato se complicó con el tiempo hasta convertirle la pierna izquierda en un grillete de hierro forjado. El primer diagnóstico de un neurólogo portugués, hermano por cierto del gran escritor Lobo Antunes, prendió un foco rojo de alarma: una fístula cerca de la médula.

—Usted podría caerse muerto en cualquier momento —le dijo el médico—, hay que intervenir de inmediato.

La familia regresó de Portugal, donde mi hermano se desempeñaba como embajador de México en Lisboa. Nom-

bres de médicos, eminencias capaces de tejer el más fino entramado. Un médico en Los Ángeles sabía de esa peligrosa intervención. Así llegamos por primera vez al Instituto de Neurología, a ciegas, perdidos.

Durante años mi hermano y yo hicimos bromas respecto a su cansancio crónico, a su indiferencia ante algunas cosas de la vida. Le atribuíamos a la obesidad su gusto por el sueño, o a una seria depresión. Mi hermano y Lilia fueron viajeros desaforados; algunas veces nuestras familias se unieron para realizar alguno de esos viajes. En París, en el Musée d'Orsay, mientras recorríamos salas de arte moderno y momentos extraordinarios de la pintura, lo encontré dormido ante el famoso doctor Gachet, una de las obras culminantes de Vincent van Gogh. Me senté junto a él y le dije:

—Puedo asegurarte que nadie se había dormido ante esta obra de Van Gogh. Si el gran pintor te hubiera visto roncar ante su tela, se corta la otra oreja.

Mi hermano despertó a risotadas ante la mirada irritada del guardia francés. Me dijo:

—Estoy cansado, carajo, no hemos parado de caminar. Lilia tiene espíritu de exploradora y yo el del doctor Gachet.

Tenía razón. Gachet fue un médico homeópata y psiquiatra, su imagen representa para la eternidad *l'ennui*, el tedio. En ese tiempo, Pepe vivía hundido en un inexplicable *spleen*, una nube de desinterés que sólo paliaban sus libros alemanes, la poesía, las novelas. Durante los viajes, por las noches leíamos a todo vapor y durante el desayuno intercambiábamos páginas. Yo ponía junto al pan autores franceses o libros

en lengua francesa; él junto al café colocaba todo lo alemán y algunos libros sobre uno de los intereses de sus últimos años: los genocidios, los peligros mortales del totalitarismo.

No tengo pruebas médicas para afirmar que el cansancio y la indiferencia eran ya los síntomas de una enfermedad en sus inicios, pero lo afirmo, no se necesita ser médico para observar e inferir, sobre todo cuando la memoria permite darle un orden lógico a los hechos, un orden que no tiene el presente. Por eso Kundera afirmaba que pasamos por el presente con una venda en los ojos: sólo cuando hemos pasado ese momento podemos quitarnos la tela de encima, voltear y ver lo que ocurrió. Así me retiro yo la tela en estos días tristes.

Dos postales. Una de Toledo, España: vino, tapas y una caminata bajo un sol de treinta y cinco grados. Entramos a ver «El entierro del conde de Orgaz», de El Greco, en la parroquia de Santo Tomé. Pepe me dijo que no podíamos perdernos ese momento mayor del manierismo. Adentro, sentados frente a esa imagen sobrecogedora le dije:

—Ya entendí, a ti El Greco te importa una chingada: tú lo que quieres es el aire acondicionado que conserva esta obra mayor del siglo XVI —le dije mientras me daba cuenta de que cerraba los ojos.

—Un sueño de diez minutos —me dijo—. Ayer me dormí en el teléfono que te cuenta la construcción de la catedral de Toledo; lástima que sea tan breve la historia. Me despiertas en diez —y se durmió, de verdad se durmió y de verdad lo desperté en diez minutos.

La otra: en Sevilla, bajo un calor de cuarenta grados, caminábamos por una calle arriba del Guadalquivir. Al dar la vuelta en un callejón descubro una placa: «En esta casa nació el 21 de septiembre de 1902 Luis Cernuda».

—¿Viste quién nació aquí? —le dije bañado en sudor.

—A mí en este momento Cernuda me importa un cacahuete, yo lo que quiero es regresar al hotel a dormir.

Al día siguiente, Pepe llegó con dos ejemplares de *La realidad y el deseo*:

—¿Lo leíste?

—Sí, cuando leí *Cuadrivio* de Paz.

—Un gran poeta, pero su casa bajo cuarenta grados me importa un cacahuete. Te lo dejo —me dio el libro—, para que lo leas otra vez —y regresó a su cuarto, en el hotel Gustavo Adolfo Bécquer para más señas.

—En este hotel lo menos que nos pasará será volvernos cursis —me dijo antes de desaparecer por el pasillo—. «Volverán las oscuras golondrinas...»: no mamen —y volví a verlo hasta la hora de la cena.

Le damos demasiada importancia a la mente freudiana por encima del cerebro. En ese entonces todo lo reduje a ese edificio legendario del yo, el ello, el superyó. Le dije a Delia, mientras ponía en orden y vestía a nuestros hijos, que pensaba que Pepe estaba deprimido, y quizá lo estaba, pero nunca se me ocurrió que algo más podía ocurrir en su cabeza. Tenía cincuenta años, fumaba una cajetilla y media al día y por nada del mundo abandonaba la vida sedentaria. Escribía entonces un libro de ensayos narrativos: *El imperio perdido*.

Los descubrimientos extraordinarios del doctor de Viena cambiaron nuestra idea de la intimidad, de la sexualidad, del mundo, pero retrasaron los avances de la neurología. A veces una tomografía puede develar una enfermedad que quisiéramos entender solamente como parte del edificio de la mente freudiana: la madre, el padre, los sueños, el deseo, la neurosis. No siempre es así en esa oscuridad. Mi hermano había caído, sin darse cuenta, en una zona de sombra del cerebro y quiso buscar una zona iluminada por medio de la mente freudiana. Error. Un error sin culpables, pero un error.

Llevado por su interés y pasión por el psicoanálisis, y por Lilia, decidió entonces tomar una terapia psicoanalítica. No era la primera vez: durante un tiempo, las turbulencias de su vida, los fantasmas del pasado, el temor a no dominar sus miedos y la angustia lo llevaron al diván de una psicoanalista con reputación de acero inoxidable. Al cabo de dos años, mi hermano fue expulsado de aquel consultorio: su fabulación desaforada enredó o trató de enredar a la analista y ella lo remitió a la soledad de los problemas sin psicoanálisis, es decir, a sí mismo.

—Eres el único caso que yo conozca de expulsión del análisis —le dije a risotadas una tarde de whiskys, mis tragos, porque mi hermano fue un consistente abstemio. Le pregunté—: ¿Le dijiste mentiras?

—Desde luego que no, simplemente cambiaba un poco las historias, en realidad la transferencia descompuso el asunto.

—No te creo. Le decías mentiras, confiesa.

—No. Al contrario, le dije sólo verdades aparentes —quiso enredarme en no sé qué sofisma.

Mi hermano había adquirido cierta fama como fabulador empedernido; instalado en una rara e innecesaria mitomanía, convertía la realidad en una ficción. Acaso por esta razón, Héctor Aguilar afirma que Pepe fue una novela que no necesitó escribir. Me gustaban sus mentiras, una forma de sublevarse ante la realidad, ficciones cubiertas a risotadas cuando yo lo descubría.

Imprudentes como éramos, mi hermano y yo decidimos unir a nuestras familias para que nuestros hijos conocieran Orlando, el gran parque de diversiones de Walt Disney. Nuestra vida entonces también era un parque temático: una raíz común, literatura, familia, nuestro pasado y la idea de que en cierto sentido habíamos derrotado a nuestro destino de jóvenes de clase media, sin dinero, con un padre extraordinario, ausente, loco, y una madre melancólica, solidaria.

Lo veo clarísimo, como se ve un recuerdo que se niega a desaparecer porque quiere decirnos algo. Una noche de calor, mientras caminábamos por un andador de un *resort* del Marriot, sin tropezar con nada, Pepe se derrumbó como si hubiera recibido una descarga eléctrica, los lentes reventaron en el asfalto y se raspó el pómulo. Dejamos pasar el incidente rumbo al futuro, el lugar donde un día todo viene a ajustar cuentas. A Eugene O'Neill le gustaba decir que no hay presente ni futuro, sólo el pasado que se repite. Quizá tuvo razón.